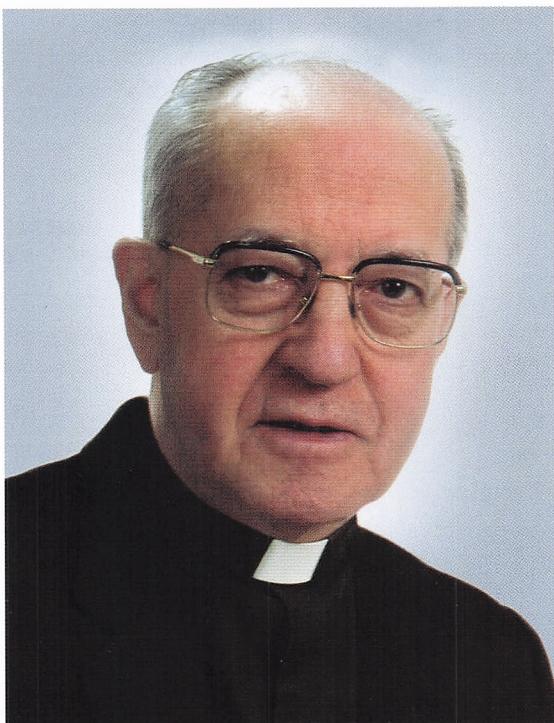


**Inspectoría Salesiana
San Juan Bosco**

MADRID



D. JOSÉ ANTONIO RICO RICO

Salesiano Sacerdote

* Candelario (Salamanca), 7 de febrero de 1924

† Madrid, 16 de diciembre de 2008

Queridos hermanos, la tarde del 16 de diciembre de 2008, falleció en la Casa Don Bosco, de Madrid, el salesiano sacerdote D. José Antonio Rico, a causa de una insuficiencia cardiorrespiratoria. Con dolor y esperanza cristiana, la Familia Salesiana y muchas personas que gozaron de su atención espiritual nos unimos en oración los días 17 de diciembre de 2008 y el 15 de enero de 2009.

El Rector Mayor, no pudiendo hacerse presente, envió al Consejero Regional, D. José Miguel Núñez, que presidió el funeral. Como es natural, la familia vivió con emoción estos momentos; impactó a todos el testimonio de la sobrina en la Eucaristía del día 17 de diciembre. En estos encuentros recordamos a este hermano y amigo, agradecimos a Dios su entrega generosa en la misión salesiana y le encomendamos a la misericordia del Padre, que D. José Antonio tantas veces había anunciado en su ministerio.

Fue la suya una vida dilatada en días, responsabilidades y trabajos hasta el último momento. Contaba 84 años de edad y había desempeñado, entre otros cargos, Provincial de la Inspectoría de Madrid y miembro del Consejo General de la Congregación.

Numerosas personas han mostrado a la Casa Don Bosco y a la Inspectoría, el reconocimiento y la admiración por su valía humana y religiosa, así como el sincero dolor por su pérdida.

Los restos de tan apreciado hermano reposan en el panteón salesiano del cementerio de Carabanchel.

Su recuerdo permanecerá como el de un gran hijo de Don Bosco y un trabajador fiel y cumplidor en la amplia viña del Señor. Fue uno de los notables en la Congregación y en la España salesiana de las últimas décadas.

A.- EMPRENDIENDO EL CAMINO

1.- Primeros pasos

Nació D. José Antonio en **Candelario** (Salamanca), un bello pueblo con aires de sierra, el 7 de febrero de 1924.

Su familia la componían cuatro miembros: los padres, Florencio y María, y dos hijos, Fili y él, Pepín, que era el menor. Pronto perdió a su madre, y dejando el encanto del pueblo y de la ciudad de Béjar donde había comenzado estudios en los salesianos, entró interno en el Colegio Helmántico, hoy María Auxiliadora, de Salamanca. Allí le nació la vocación, si es que no la traía ya en germen del ambiente familiar.

En el mes de mayo de 1938, a punto de terminar cuarto curso, escribió una carta a su padre donde le anunciaba su decisión y le pedía su consentimiento para hacerse salesiano, rogándole que le guardara el secreto y no lo contara a nadie, ni siquiera a su hermano Filiberto. Decía en esa carta entre otras cosas:

“Desde hace algunos meses vengo pidiendo a Dios N. S. , luces y gracias para que yo supiera qué camino debía elegir (yo) en esta vida para que con más facilidad llegara a gozar de El eternamente. Me he aconsejado de mi confesor y yo he pensado acertadamente que mi vocación es hacerme sacerdote salesiano...”

“Ya sé que Vd. lo sentirá bastante, pero como sé que Vd. desea la felicidad de sus hijos y yo encuentro mi felicidad terrenal en la vida salesiana, no creo que Vd. dude de dejarme hacer salesiano...”

“Como es nuestro secreto del alma, conteste al Sr. Director para que él me dé a mí la carta directamente y así no se entera nadie...”

“Le pongo el sobre a máquina para que no la lea ni la Josefa ni nadie, y para contestar lo haga desde el molino para que nadie le vea...”

Es muy significativa esta insistencia del joven Pepín por mantener el secreto de su vocación. Todavía en la carta recalca un par de

veces más la idea para que nadie, ni su hermano Fili, se enteren de la importante decisión. Es el valor de la perla y del tesoro escondido del Evangelio.

Parece que su padre no sólo le guardó el secreto, sino que le otorgó el consentimiento que le pedía. Y, a pesar de estar en plena Guerra Civil, a finales de agosto, marchaba con otros compañeros del colegio hacia Astudillo para comenzar los años de aspirantado que luego continuaría en Carabanchel acabada la contienda nacional.

2.- Haciendo camino

El año 1940-41, realiza en Mohernando el noviciado y profesa como salesiano el 16 de agosto de 1941.

Allí mismo realizó los dos primeros años de estudios filosóficos y el primer año de vida práctica como maestro y educador. En la casa de Astudillo completó luego los años del denominado tirocinio.

Concluido éste, los superiores lo envían a Turín para realizar los estudios teológicos en la “Crocetta”.

Es de imaginar la alegría e ilusión con que el joven clérigo recibe este encargo. El 31 de octubre de 1946, camino de Turín, escribe a su padre desde Barcelona dándole cuenta de lo vivido hasta entonces y detallándole su visión de Barcelona: la casa salesiana de Sarriá, el Tibidabo aún en construcción, Monjuic, el puerto, los palacios de la exposición del 29, la catedral gótica...

Con minucioso detenimiento le cuenta a su padre la visita “milagrosa” de Don Bosco al Director de Sarriá, D. Juan Branda, conminándole para que pusiera orden en la moral del colegio. Luego le narra la visita, ya real, y la estancia de Don Bosco en Barcelona en 1886 y le detalla:

... *“Que estuvo casi un mes, durmió en unas habitaciones que hoy están transformadas en una preciosísima capilla donde se conserva su cama, una sotana, su bonete, un bastón y otras prendas interiores, a más de tres avellanas de las que multiplicó en una ocasión; aquí tuvo una visión y realizó varios milagros. Ayudé la misa hoy allí y en la*

comunión pedí por Vd, por madre, Filito, pidiendo poder vernos juntos los tres cuando al Señor le plazca y si es posible (así lo esperamos), el año que viene..." Mañana, a las diez de la mañana, saldremos para Génova. Hoy hemos visto el barco: no es muy grande. Esperamos que el viaje resulte bien. Un abrazo muy fuerte, padre. Al llegar a Turín rezaré por Vd., madre y Filito. Apenas esté en Génova escribiré una tarjeta o dos por si se pierde una... Que María Auxiliadora y Don Bosco nos conserven en vida y en gracia de Dios."

Cómo se transparenta ya aquí, en estas líneas del joven clérigo, el D. José Antonio que todos hemos conocido: detallista, inquieto, preocupado por todos, siempre dispuesto a escribir por el santo o el cumpleaños desde distintos sitios y la devoción diáfana a Don Bosco y a María Auxiliadora que le acompañarán siempre.

3.- El paso decisivo

En Turín, al año siguiente de llegar, emite la profesión perpetua, el 5 de julio de 1947. Y realiza los estudios teológicos. De su aprovechamiento como estudiante, dan fe las Letras Testimoniales emitidas y firmadas por el Rector Magnífico del Ateneo Salesiano, El Decano de la Facultad y el Secretario. Y que, trascritas del original manuscrito, dicen:

Ateneo Pontificio Salesiano de la Sociedad de S. Francisco de Sales.

Como el alumno D. José Rico de la Sociedad Salesiana (o de S. Francisco de Sales), excelente por su religiosidad, probidad e ingenio, satisfaga a las condiciones requeridas por las Constituciones Apostólicas y a los Estatutos de este Ateneo Pontificio y examinado haya sido aprobado con máxima alabanza, por los votos legítimos de los examinadores, hecha la profesión de Fe... Nos al mismo D. José Rico, declaramos y nombramos BACHILLER EN TEOLOGIA, y le damos todos los privilegios, honores y derechos de este grado.

En fe de ello, le damos estas Letras Testimoniales garantizadas con el sello del Ateneo y debidamente firmadas por quienes corresponde.

Dado en Turín el 25 de junio de 1949. (Firmas)

Un año después de concluir estos estudios, el 2 de julio de 1950, fue ordenado de sacerdote por la imposición de manos del cardenal Fossati.

Más tarde se licenció en Sagrada Teología también por el Pontificio Ateneo Salesiano; en 1957 se doctoró por la Universidad Gregoriana de Roma. Culminaba así una brillante carrera de estudios que había comenzado en el colegio Helmántico con sobresaliente en los cuatro cursos que hizo allí de Bachillerato.

A partir de ahora comenzaría su etapa de enseñanza o magisterio, no menos intensa y brillante como atestiguan cuantos le conocieron. No sólo en la cátedra, como profesor. También en el púlpito, en el confesionario, en la dirección espiritual, en libros y conferencias, en ejercicios espirituales, en cartas y postales desde cualquier parte del mundo, en circulares llenas de doctrina, en el coloquio personal y en la vida, D. José Antonio siempre enseñaba. Y de él siempre se aprendía.

B.- LARGO “CURRICULUM” SALESIANO

El paso de D. José Antonio a partir de su ordenación sacerdotal por las diversas ocupaciones y casas de la Inspectoría y de la Congregación es largo y variado. Y, no cabe duda, que también especialmente fructífero.

Desde 1950 a 1952 va destinado al entonces Estudiantado Filosófico, en San Fernando, Madrid, como Consejero de Estudios. Posteriormente pasa a formar parte del equipo de profesores del Estudiantado Teológico de Carabanchel. En 1959 es nombrado Consejero de Estudios del propio Estudiantado e imparte la asignatura de Dogma, a la que se dedicó con especial empeño.

Cuando en 1961 se traslada el Teologado a Salamanca, él sigue con las mismas funciones y tareas. En 1965 es nombrado Director del Estudiantado Teológico. Seis años después, en 1971, deja Salamanca y llega a la comunidad y obra de Estrecho. También

como Director y miembro del Consejo Inspectorial. Fue sólo un año y éste a medias, porque tuvo que participar en el XX Capítulo General Especial. Pero de esta corta estancia, dejó en Estrecho el sabor de un hombre muy preparado, de dotes excepcionales para la comunicación y el trato, sabiendo escuchar a cuantos a él se acercaban.

En 1972 es nombrado Inspector de la Inspectoría de Madrid. Y como un añadido, en 1975 es elegido Presidente de la CONFER y miembro de la Junta Directiva de la FERE y de la Comisión Conjunta de Obispos y Superiores Religiosos. Fueron años decisivos de renovación social, eclesial y en la Congregación; requerían especial esfuerzo de fidelidad, entrega y visión de futuro.

En 1977, concluida la etapa de Inspector, D. José Antonio pasa a formar parte del Consejo General de la Congregación, en Roma, como Consejero para la Región Ibérica. Fueron doce años con dedicación generosa a la obra de Don Bosco, años que le enriquecieron a él y en los que a todos nos trasmittió el palpitar de la Congregación por todo el mundo. En esta encomienda le vemos como siempre, el hombre infatigable en el trabajo, amante de la Congregación y portador de la voz del Rector Mayor en todas las partes del mundo por donde viajó. A escala más amplia (Región Ibérica y Congregación entera) siguió siendo el fiel hijo de Don Bosco que pone toda su persona en los proyectos del padre, por medio de sus visitas, cartas, proyectos, predicaciones, encuentros de formación...

Su espíritu salesiano le lleva a asumir un servicio nuevo: en 1990 se traslada a África, con la obediencia de Maestro de Novicios que desempeña durante un año en Lomé-Togo.

De 1991 al 93, le vemos en la Procura de Misiones de Madrid, colaborando con lo que siempre tuvo en su corazón: las misiones salesianas. En 1993 es requerido por los superiores y marcha de nuevo a Roma, a la Casa Generalicia, como colaborador en el sector de formación.

Dada la experiencia de animación y gobierno que tenía D. José Antonio, la Santa Sede le pide el delicado y difícil servicio de

ser Comisario Pontificio para la Asociación del “Instituto del Verbo Encarnado”, fundada en Argentina y con necesidad de seguimiento en su proceso de desarrollo. Allí tenemos a nuestro hermano desde 1995 hasta 1998, en San Rafael-Argentina. Asume esta tarea con la responsabilidad que le caracterizaba, aplicando su celo sacerdotal, su prudencia e inteligencia, “pues se trata de un servicio que la Santa Sede pide a la Congregación Salesiana”.

En 2001, después de tantos encargos y ya con años y experiencia en sus hombros, recaló, como en último puerto, en la Casa Don Bosco de Madrid, después de pasar tres años en la comunidad de Estrecho. Pero no para descansar, sino para seguir desarrollando una variada y continua actividad, con sus más de 80 años. Desde ahí, como recuerdan los hermanos de esta casa,

“siguió desempeñando con gran celo apostólico y un gran espíritu de servicio diversas tareas: acompaña y atiende espiritualmente a varias Comunidades de Hijas de María Auxiliadora, Asociaciones de la Familia Salesiana, Cooperadores, AA.AA., ADMA: sirve también y acompaña con generosidad a otras varias Familias y Congregaciones religiosas siendo muy apreciados sus servicios: y está siempre dispuesto a servir y ayudar...”

En sus últimos años, además, llenaba los días, - trabajo admirable, - en la traducción de documentos que le mandaban de Roma, como las Actas, los trabajos del Capítulo General o la Cartas del Rector Mayor. *“Todavía el día antes de su fallecimiento había enviado a la Secretaría General puntualmente, como era su costumbre, la traducción castellana de algunas páginas para el próximo número de las Actas”*, nos refiere D. Pascual Chávez, en una breve nota recordatoria enviada para el funeral del querido y desaparecido hermano.

Así era D. José Antonio. Todo dinamismo, todo trabajo y entrega. Murió en una tarde ordinaria de trabajo, como Don Bosco quería, como siempre había hecho, desde que entró en la Congregación.

C.- TRES CAMPOS DE SU ACTUACIÓN

Entre todas las encomiendas que en su dilatada vida salesiana lleva a cabo D. José Antonio, seguramente destacan la de profesor-formador, la de animador de comunidades (Director, Inspector, Regional) y la de la predicación-anuncio de la salvación. A todas ellas se dedicó con un entusiasmo y una preparación encomiables. Si bien no había tarea que se le encomendara a la que no se entregara con toda su alma.

a) Profesor-formador

Es rasgo característico de D. José Antonio, no solo en los años de formador en casas de formación. Durante toda su vida le vemos entusiasmado tratando de contagiarnos, con su palabra y su ejemplo, el espíritu de Don Bosco.

Como profesor bien preparado, destacaron siempre su lucidez de ideas, la claridad y orden expositivas y la fácil aplicación de cuanto enseñaba. Sabía pasar de la seriedad expositiva del dogma, al chascarrillo y al ejemplo práctico que hacían sus clases enormemente animadas e interesantes. Con D. José Antonio se entendían sin gran esfuerzo, los puntos más complicados del dogma. Era una fuente que manaba limpia y sin intermitencias. También sin dudas. Aquí podían chocar, a veces, sus exposiciones, porque no todos veían las cosas con la lucidez con que él las veía y exponía...

Su claridad y conocimientos dogmáticos y, al mismo tiempo, su celo en la propagación de la verdad, le llevaban a tener diálogos y confrontaciones intelectuales, en los tiempos anteriores al Concilio, con protestantes y agnósticos... Él se batía con toda su preparación dogmática y escriturística intentando convencerles; y luego contaba con satisfacción de apóstol o misionero los encuentros habidos.

Pero en sus clases no había lugar ni para el aburrimiento ni para la indiferencia. Las preparaba a conciencia, estaba al día, citaba textos de la Biblia, los Padres o los Concilios con una facilidad y memoria prodigiosas. No es exagerado calificarlo de profesor brillante.

Los cursos que estudiaron en Salamanca con él coincidiendo con la época conciliar, pudieron tener al día el tratado sobre la Iglesia, que D. José Antonio preparaba y entregaba cada mañana ciclostilado, según se aprobaran los documentos en las sesiones del Concilio. Es un privilegio que pocos seminarios del mundo pudieron gozar. D. José Antonio estaba al día, seguía el desarrollo del acontecer conciliar al detalle y lo trasladaba a las clases como si hubiera estado en el aula conciliar....

Y como formador, es digno de resaltar su extraordinario esfuerzo por ayudar a todos a plasmar el propio corazón según el corazón de Don Bosco, por hacer vibrar con los proyectos de la Congregación en todo el mundo, por asimilar las Constituciones renovadas y las orientaciones capitulares, por poner en práctica la Ratio. Cómo le dolían las defeciones de hermanos, la falta de entusiasmo vocacional, la disminución de hermanos coadjutores...

b) Animación y gobierno de la vida salesiana y religiosa

Este rasgo también era una impronta fuerte en toda la vida de D. José Antonio, cuando tuvo que desempeñar cargos de diverso tipo y cuando no tuvo que prestar estos servicios. Muchas comunidades salesianas, en intervenciones variadas, recibieron su influjo; muchas comunidades e instituciones no salesianas también gozaron de su aportación.

El cargo de director de teólogos fue significativo. Conocía el ambiente, llevaba años como Consejero y profesor del Teologado, pero no era fácil en aquellos años conciliares y posconciliares, dirigir una comunidad de jóvenes religiosos tan numerosa como la que entonces había en el Estudiantado.

El carácter recto y exigente, junto a la claridad con que él veía las cosas, podían chocar, a veces, con la despreocupación, la ligereza o las ideas más complacientes de algunos estudiantes o de otros profesores. D. José Antonio exponía y defendía siempre sus ideas con la convicción de quien está en lo cierto... Pero también sabía pedir disculpas cuando podía haberse equivocado o herido a alguien (su última circular como Inspector expone con toda claridad su petición

de perdón y su continua intención de hacer el bien)... Porque D. José Antonio buscaba la verdad, servir de la mejor manera posible, ayudar a formar criterios sanos, personas responsables, con mente eclesial y salesiana.

A parte su tarea formativa, conferencias, buenas noches, el coloquio o cuenta de conciencia con los hermanos, no abandonó las clases nunca y emprendió una mejora material considerable: campos de deporte, jardín central, monumento a Don Bosco, construcción de la piscina, gabinete fotográfico, etc... Él era el primero que cogía pala o azada y se ponía a trabajar de forma incansable... Predicaba novenas, daba charlas, escribía libros para poder sufragar gastos y desplegaba una actividad verdaderamente ingente. No se sabía qué admirar más en él: si su preocupación espiritual, su esfuerzo por integrar la vida comunitaria de todos, su inquietud intelectual y académica –consiguió que los teólogos obtuvieran el Bachillerato en teología-, o su incansable labor manual.

Era un ejemplo digno de elogio y admiración, pero difícil de imitar hasta lograr su talla.

Durante los largos años en los que tuvo que ejercer cargos de responsabilidad, en tiempo de transformaciones sociales y eclesiales, D. José Antonio puso a prueba toda su capacidad organizativa y animadora y de cercanía a los hermanos. Fueron unos años difíciles y al mismo tiempo vitales. Se trataba de poner en práctica el Concilio y el Capítulo General Especial con la actualización de las Constituciones. Ello exigía mucha preparación y coraje para emprender la renovación que uno y otro reclamaban.

Había quien quería ir demasiado deprisa y quien deseaba ir más despacio. Y no faltaban quienes entendían la renovación “a su modo”. D. José Antonio emprendió este camino con la exigencia y la dedicación que las circunstancias históricas demandaban. Seguramente no siempre acertó o sus esfuerzos no tuvieron el eco deseado y se dejó jirones de sí mismo y de otros en la empresa.

Con el mismo ánimo asumió los otros servicios de responsabilidad que se le asignaron. Sus años de Regional están llenos de intervenciones

y de proyectos en la Región Ibérica y en otras misiones que le encomendaba el Rector Mayor; a todos quería integrar plenamente en el camino que la Congregación estaba haciendo en esos años de renovación, a todos quería encandilar con la persona y el proyecto de Don Bosco a favor de los jóvenes.

La Familia Salesiana y otras instituciones también han podido gozar de su valía como persona que anima en la vivencia del propio carisma y que entusiasma para entregarse a la misión.

c) Predicación

Cauce específico por el que D. José Antonio realizó la animación fue la predicación. Resalta en su habitación la estantería con las carpetas que, bien ordenados y archivados, contienen los materiales de predicación. Parece como si fuera suyo el lema paulino de “¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!” (1Cor 9, 16).

Con el entusiasmo y la claridad que le caracterizaban, vemos a D. José Antonio predicando a grupos muy variados: los diversos grupos de Familia Salesiana (Salesianos, Hijas de María Auxiliadora, Voluntarias, Cooperadores, ADMA, Hogares Don Bosco, Antiguos Alumnos...), religiosos y religiosas de congregaciones diversas, seglares, jóvenes, voluntarios, aspirantes y demás etapas formativas,... A todos se adaptaba, con tal de hacerles llegar el mensaje salvador de Jesucristo y el espíritu de Don Bosco.

Y como la obediencia le llevó a destinos variados, también los destinatarios de su predicación fueron muy variados: España, Portugal, Italia, Argentina, Egipto, Eslovaquia,... Siempre estaba dispuesto a predicar, incluso a sustituir de inmediato cuando a última hora faltaba el predicador previsto: ejercicios espirituales, retiros, conferencias, charlas de formación permanente, jornadas de reflexión, novenas, triduos... todos eran formatos válidos para D. José Antonio. Su persona estaba siempre disponible, como ministro de la Palabra, para hacer llegar el mensaje de salvación.

Revisando sus apuntes y materiales de predicación, aparecen con claridad las fuentes sólidas de su mensaje: Magisterio

de la Iglesia y de la Congregación, Palabra de Dios, Teología, Constituciones,... No era su propia persona lo que anunciaba; predicaba aquello que él veía como la auténtica doctrina para provecho de las personas.

Los temas que abordaba en su predicación, expresados de modo ordenado y con fuerza, también son los decisivos para la vida cristiana y religiosa: Misterio Pascual de Jesucristo, Sacramentos, María, Don Bosco, la vida teologal, la renovación, la oración, la interioridad apostólica... Con cuánta emoción insistía en la vida consagrada como “vivir únicamente y sólo para Dios”, o en la misión como “epifanía de Dios en el mundo”.

En innumerables ocasiones de su vida D. José Antonio tomó la palabra para que la Palabra de Dios llegara a nuestros oídos y transformara nuestros corazones, para que nuestras vidas sintonizaran más con el querer de Dios. Él sembró siempre que tuvo ocasión. Lo reconocemos con gratitud y admiración, con el deseo de que su palabra dé fruto en quienes gozamos de ella.

D.- LA TAREA DE RENOVACIÓN

D. José Antonio comienza su andadura como Inspector con el Capítulo General Especial recién concluido. Y continúa con su responsabilidad de Consejero Regional.

Son muchas las urgencias que el Capítulo, siguiendo las directrices del Concilio Vaticano II, ha dejado en los documentos capitulares. Él tiene muy clara, entre esas urgencias cuál es la prioritaria: La Renovación. Esta palabra va a marcar toda su labor en esos cargos de responsabilidad.

Ya en su primera Circular fechada en la fiesta de la Natividad de la Virgen, del año 1972, señala tres líneas directrices fundamentales para la renovación; él las entiende como programa o puntos clave que seguir, pensando que de ellos se seguirá la asimilación y puesta en práctica de todo el Capítulo. Y son:

- Renovación de nuestra acción apostólica (trabajo y misión en la Iglesia).
- Renovación de nuestras comunidades (testimonio de caridad).
- Renovación personal (que es renovación espiritual).

La tercera circular, fechada el 1 de enero de 1973, y coincidiendo prácticamente con el primer aniversario de la clausura del Capítulo General Especial, la dedica toda ella al tema de la Renovación. Renovación en la que hay que partir de una vida de fe: *"Se trata de 'Encarnar' bajo una forma más realista, en el mundo actual, una vida religiosa que quiere ser más auténtica"*. En otras palabras, *"se trata de la conversión y la renovación espiritual"*. Y consiste *"fundamentalmente en la actitud de atención diligente a la docilidad del Espíritu Santo"*.

Insiste de nuevo, en forma muy amplia, en la renovación de nuestra acción pastoral y en la renovación de la vida comunitaria: oración, consagración, la mirada a Don Bosco y las misiones como camino para la renovación. En sintonía con el Concilio, estaba convencido de que *"no haremos la renovación deseada, sino en la fidelidad a Don Bosco"*.

Difícil y compleja tarea

Estos años de Inspector llenan en D. José Antonio una etapa de su vida intensa y amplia, situada en un momento histórico de grandes trasformaciones sociales, religiosas y culturales, también en nuestra Congregación y en nuestra Inspectoría. Ello ha dado lugar a múltiples actuaciones de toda índole y en ámbitos muy diferentes en las que él trató de vivir con fidelidad.

Al desempeñar cargos de responsabilidad en esos tiempos difíciles, se le vio firme en sus convicciones, en lo que creía expresión clara del querer de la Iglesia y del Evangelio y lo que entendía fidelidad al espíritu de Don Bosco y la Congregación. Detrás de su firmeza estaba también el corazón de padre que quiere ayudar y comprender.

Esta relación, a veces tensa, en momentos de cambio como de los que estamos hablando, se trasluce en las palabras del propio D. José Antonio que dice, en su ya última Circular como Inspector, en tono de serena despedida:

“Tanto en las ‘Circulares’, como en mis visitas a las Casas, informales y canónicas, habréis observado mi insistencia machacona sobre la urgencia de ‘renovación’. Ha sido mi preocupación central, vivida entre sufrimientos y alegrías, pues he podido comprobar disposiciones óptimas y resistencias graves.”

Es una declaración bastante clara; ni siquiera hubiera sido necesaria. Todos la intuimos. Tampoco puede extrañarnos que esto sea así. Pero, mirando hacia atrás, con la perspectiva que da el tiempo, no se puede por menos que reconocer y aún agradecer, la enorme tarea de D. José Antonio en este aspecto concreto de la renovación de la vida salesiana en la Inspectoría.

Fue su tarea primerísima y principal. Lo dice él repetidamente y lo pudimos comprobar todos. En esa tarea empeñó su tiempo, sus energías, su saber, su inquietud religiosa y apostólica, porque así se lo exigían el momento y las circunstancias históricas.

Los frutos no siempre toca recogerlos al que siembra o al que riega. Pero él sembró con la ilusión y el sudor del labrador que cada mañana arroja la semilla en el surco esperando una gozosa primavera. Y, sobre todo, sembró con la certeza de que ese era su ineludible deber. Sólo si la semilla se arroja se puede esperar que crezca y dé frutos.

Los sueños de un Inspector

A modo de resumen de esos años al frente de la Inspectoría, en su última carta circular, ya citada, habla entre nostálgico y esperanzado de lo que “soñó en esos años” para los salesianos y para la propia Inspectoría. En síntesis:

“Hubiera deseado ver crecer en todos el conocimiento de Don Bosco, la estima y el afecto por él y su estilo, el amor a la Congregación,

la fidelidad a sus directrices, el conocimiento y asimilación de las Constituciones renovadas.

Hubiera deseado ver a los salesianos y a la Inspectoría interesados por las Vocaciones, como señal de amor a la Congregación y a los muchachos...

Hubiera deseado ver nuestras Casas convertidas en familias con los chicos... y donde María Auxiliadora y Don Bosco fueran los grandes conocidos y amigos.

Hubiera deseado ver aplicado siempre el Sistema educativo de Don Bosco, con sus objetivos claros, con ambientes llenos de valores humanos y cristianos, con evangelización auténtica y sistemática...

Hubiera deseado ver en nuestras Casas un mayor entusiasmo misionero, entre nosotros y con los muchachos...

Hubiera deseado ver a María Auxiliadora siempre en la boca de los salesianos, para hablar de Ella, para invocarla, para rezarle y meterla en el corazón de alumnos, familias, fieles...

Hubiera deseado haber salvado a tiempo alguna vocación de hermanos nuestros... La mayor parte se ha llegado tarde, cuando las heridas no tenían curación...

Hubiera deseado, hermanos, ver hoy unas comunidades religiosas salesianas, con el sentido de la oración comunitaria, de la caridad fraterna...

Finalmente, hubiera deseado ver marchar cada año un grupo numeroso de salesianos a otras tierras, a "misiones", con una responsabilidad sentida por las comunidades y por los hermanos...

Habla también de otros sueños o deseos en el orden material, económico, organizativo: pero, sin duda, para él de menor interés. Quizá no todos se cumplieron como él deseaba. Ya se sabe que los sueños y los buenos deseos, con frecuencia, se quedan en eso,

sobre todo cuando no dependen sólo de uno mismo. Pero bueno es ambicionar cosas mejores, como dice San Pablo.

E.- EL HOMBRE, EL SALESIANO, EL Sacerdote

Tres sustantivos que sintetizan los rasgos fundamentales de la persona de D. José Antonio. Tres sustantivos que nuestro hermano supo encarnar y a los que poner sus adjetivaciones particulares, mientras los vivía con intensidad en sus particulares circunstancias.

Era un hombre de carácter fuerte y convicciones profundas, con la cara y cruz que esto conlleva, pero de espíritu alegre y de conversación viva, agradable y siempre interesante. Hombre de principios y con tesón para lograr cuanto veía de valor. Hombre serio cuando se trataba de cosas serias y humano cuando había de atender a las personas. Sabía contar anécdotas y chistes con gracia y soltura; y podía tratar con la misma elegancia, y haciéndose entender, a un personaje de cierto rango que a un niño de primera comunión.

Fue religioso ejemplar y cumplidor; trabajador y austero; ordenado y fiel. Con una piedad seria y honda, arraigada en lo esencial: sacramentos, Sagrada Escritura, constituciones, devociones bien fundadas...

Un salesiano que amó entrañablemente a la Congregación y a Don Bosco y hablaba de ambos con pasión, y que sentía por María Auxiliadora devoción honda y filial, vivida con el sentido teológico que la Virgen representa en la Iglesia y en la vida del cristiano. Son ya elementos recordados.

Un salesiano que veía en los jóvenes el campo propicio para la entrega de una vida apostólica sin reservas.

Y fue un sacerdote celoso y ejemplar, en todos los lugares y circunstancias, como Don Bosco. Bien sabemos de su preocupación por la dignidad de las celebraciones, de su cuidado por los sacramentos, de su celo por la predicación, de su palabra para aconsejar y ayudar, también para corregir, si lo juzgaba necesario. La vivencia de su vo-

cación sacerdotal le llevaba a contagiarla a quienes se preparaban al sacerdocio, cuando era formador, o a reavivarla en quienes encontraba menos entusiastas.

Algunos testimonios

Cuanto hemos expresado hasta aquí recoge el sentir de muchas personas que nos han hecho llegar su testimonio. Han sido muchos y, como es natural, no pueden recogerse en esta reseña biográfica. Procedentes de contextos muy dispares (España, Italia, Portugal, Argentina...) los envían religiosos, miembros de la Familia Salesiana, admiradores o amigos de D. José Antonio. La mayor parte inciden en su celo y ejemplaridad sacerdotal; su simpatía y trato; su preparación intelectual; su disposición al trabajo y al servicio; y su amor a la Congregación, a Don Bosco y a María Auxiliadora. He aquí una selección.

Sea el primero de estos testimonios el enviado por el Rector Mayor al Inspector y leído por el Regional en el funeral de D. José Antonio:

“D. José Antonio ha sido un hermano del que la Inspectoría de Madrid ha de sentirse agradecida con Dios y reconocida con él por su entrega generosa y por su laboriosidad ejemplar. En sus muchos años de formador y en su largo ministerio como superior no tuvo más ambición que el servicio a la Congregación sin ambigüedades y una fidelidad ejemplar a Don Bosco.”

“Te aseguro, Luis, a ti y a todos los hermanos de la Inspectoría que, sintiendo profundamente esta pérdida, doy gracias a Dios y a vuestra Inspectoría por el don que D. José Antonio ha sido para la España salesiana y, en especial, para la Inspectoría de Madrid. Quiera el Señor seguir enviando a su mío obreros de su valía.” (D. Pascual Chávez, Rector Mayor).

Añadimos a éste, otros testimonios enviados por hermanos y conocidos de D. José Antonio:

“Del P. Rico sólo podemos decir cosas buenas, pues a parte el gran amor que siempre demostró a Jesús y María, nos llamó la atención

que, siendo una persona tan inteligente y preparada, ocupando grandes cargos en la Congregación, fuera tan asequible con nosotras. Todos los meses nos daba unas conferencias muy provechosas, poniéndose siempre a nuestra altura, para que, a parte de entenderle, nos resultaran muy amenas y enriquecedoras.” (Una religiosa de la Visitación).

“...Creo que con sus limitaciones (que podrían provenir de sus muchos valores) siempre buscó la voluntad de Dios, sin otras miras personales o egoístas. Era admirable su enorme capacidad de trabajo, su entrega sacrificada a sus deberes salesianos.” (D. Cosme Robredo).

“...Así le he conocido siempre, trabajador, olvidado de sí mismo para poder pensar mejor en los demás, sobre todo en los salesianos a los que ha dedicado tantas horas en su labor formativa. Le hemos visto en ocasiones hasta polémico, intentando fortalecer los valores de la fe y de nuestro carisma, generoso seguidor de Cristo y admirador agradecido de Don Bosco.” (D. Antonio Mélida).

“He tenido el honor de conocerlo durante los años que vivió en San Rafael, provincia de Mendoza, Argentina, cuando fue destinado como Comisario Apostólico del Instituto del Verbo Encarnado. Si bien su tarea era específica y muy dura, siempre estuvo vinculado con nuestras comunidades salesianas, acompañando a los salesianos, cooperadores, predicando ejercicios espirituales, escuchando a los salesianos, estando presente en todas las celebraciones inspectoriales, etc. Siempre nos ha impresionado su amor a Don Bosco y a la Congregación Salesiana. Entre nosotros, su presencia fue muy significativa y valorada.” (Padre Horacio Barbieri. Argentina).

“Su gran amor a la Congregación, su profundo sentido del deber, la puntual asistencia a las prácticas de piedad, su fidelidad a la Reglas, la extraordinaria capacidad de trabajo, la claridad de ideas y la precisión en su exposición, tanto oral como escrita, el contacto con tantos miembros de todas las ramas de la Familia Salesiana y sus muchas cualidades humanas, hacen de él una figura eminente dentro de la reciente historia salesiana en

España... Como todos los grande hombres tenía también sus partes débiles y sus grandes defectos que, si bien se contraponían a sus virtudes, destacaban aún más su singularidad, en todo muy superior a la normal medida de la mayoría. Podemos decir que en nada, ni en lo bueno, y ni en lo menos bueno, fue un mediocre.” (D. Jesús G. González).

“Conocí a D. José Antonio hace algunos años, con ocasión de la visita extraordinaria que él realizaba a la Casa de Leumann, donde dejó un grato recuerdo de superior bueno, atento a las personas, preocupado de las cosas esenciales y de la fidelidad al carisma de la Congregación... He tenido después otras varias ocasiones de verlo. Siempre me maravilló su acogida fraterna y cordial y su memoria para recordar a las personas fijando su atención en los hermanos.” (D. Mario Filippi, Director General de la Ed. Elledici).

“Tuve la gracia de poder ser acompañada espiritualmente por él en los años que estuvo en Argentina; fue un gran sacerdote, siempre me daba muy buenos consejos y me enseñó a amar a la santísima Virgen.” (Lorena Mainari. Argentina).

“Aprecié siempre en él una actitud sincera y profunda honradez hacia los intereses del Reino de Jesús y la entrega a su defensa con el vigor de un profeta.” (D. Alberto G. Verdugo).

Como síntesis de la vida de D. José Antonio, también en forma de soneto, nos llega este testimonio “in memoriam” de D. Elías de Miguel, titulado “Un hombre Rico”, en referencia a sus dos apellidos:

Era Rico dos veces de apellido
y era rico en sus obras y en su vida;
nadaba en la abundancia más subida:
la riqueza de Dios, el Bien cumplido.

Fue en amores también igual henchido,
que amó a “la Auxiliadora” sin medida

y a Don Bosco le dio tal acogida,
que en su boca era nombre repetido.
Fue salesiano de eminente altura,
sacerdote ejemplar, ardiendo en celo,
de Don Bosco la copia o escultura.

Que al Padre otros llegaran, fue su anhelo,
a “tocar con la mano” su figura,
para luego abrazarlo ya en el cielo.

F.- DOS GRANDES AMORES

No cabe duda de que D. José Antonio tenía bien clara la centralidad del misterio Pascual de Jesucristo. También, en sintonía con el Concilio, predicó con fuerza la Eucaristía (sacrificio-alimento-presencia) como fuente y culmen de la vida cristiana. Eso no le impidió asentar su existencia como salesiano en dos grandes columnas, dos amores vividos a la par y a la par casi siempre expresados: Don Bosco y María Auxiliadora. No podría ser de otra manera. Quien se acerca de verdad a Don Bosco se encuentra de cara con La Auxiliadora. Y quien ama a Don Bosco necesariamente tiene que amar a quien le inspiró y lo fue todo.

a.- Amor a Don Bosco

Imagino a Don José Antonio vibrando en la celebración de los 75 años de la canonización de Don Bosco o en tantas iniciativas de los 150 años de la fundación de la Congregación. En el cielo lo celebrará con más plenitud.

El día 9 de junio de 1968, fecha centenaria de la consagración de la Basílica de María Auxiliadora en Turín, se inauguraba en el patio central del Teologado Salesiano de Salamanca, un monumento a Don Bosco. D. José Antonio había puesto en ello la iniciativa, la ilusión y el esfuerzo. El monumento era un símbolo. No se trataba sólo, nos dice, *“de rememorar la fecha gloriosa de la Congregación, sino, sobre todo, de colocar la imagen del Padre a la vista permanente”*

de cuantos habrán de vivir en dicho Seminario salesiano, para que les sirva siempre de reclamo a reproducir personalmente la figura moral del Padre.”

Casi al mismo tiempo, publicaba un libro titulado “Con Don Bosco y el Concilio”, que quería ser, son sus palabras, “*otro monumento a Don Bosco: quiere ser el alma del monumento de plomo del Teologado Salesiano donde se miren también las generaciones salesianas en formación para vestir sus almas de los mismos ideales del santo fundador*”. El porqué del librito era claro: “*Ayudar a conocer y estimar el carisma fundacional salesiano... y llevar al lector atento a la renovación según el espíritu del Concilio y según la mente de Don Bosco.*”

En carta dirigida en 1993 a D. Pedro López, entonces Inspector, le decía que sus pretensiones de hacer uno y otro era conseguir que los teólogos “tocaran con la mano a Don Bosco”... De ahí las dos iniciativas complementarias: “Un monumento material a Don Bosco, siempre visible, y un libro que hiciese ver que el Concilio Vaticano II no era opuesto al carisma de Don Bosco”. Este anhelo de acercar a Don Bosco, de tocar a Don Bosco, de que el salesiano se impregne interiormente de los valores y carisma de Don Bosco, fue una preocupación y anhelo constante en D. José Antonio. Que el salesiano se impregne del fundador y de todo lo que a él se refiere: Sistema Preventivo, amor a las almas, trabajo por los jóvenes, misiones, vocaciones, interés por toda la Congregación...

Parte de ese monumento vivo que pretendía que fuese el salesiano, fue también, más tarde, la creación del Aula de Salesianidad y la copia de la casita de Don Bosco en Mohernando.

En la misma carta que comentamos, añade que, siendo él ya Inspector, siguió insistiendo en su idea de “*tocar con la mano a Don Bosco*”. Para ello, escribe: “*vinieron a mi mente dos iniciativas: 'La casita de Don Bosco', réplica exacta de la que existe en el Colle y el 'Aula de Salesianidad', que se llevaron a cabo en Mohernando*”. Y, más tarde, como recoge en la misma carta, añade: “*En mi función de Consejero Regional seguí buscando iniciativas en esta misma línea. Sólo recuerdo la mejor de todas: La traducción de las Memo-*

rias Biográficas al español", que posibilitaría el conocimiento más a fondo de Don Bosco por parte de tantísimos salesianos de España y de países hispano hablantes". La obra se llevó a cabo gracias también, justo es reconocerlo, al esfuerzo traductor de D. Basilio Bustillo y al impulso del entonces Rector Mayor, D. Egidio Viganó.

Se ve con claridad que hay una idea fija, potente, en la inquietud de D. José Antonio: de que el salesiano sienta a Don Bosco, se acerque por distintos medios a él y pueda llegar a respirar el mismo aire de Don Bosco. Es inquietud es la que le mantuvo hasta el último día realizando con esmero las traducciones del Consejo General y colaborando en las publicaciones salesianas.

A todas estas iniciativas reales, materiales, palpables, se suma también la que fue su preocupación espiritual y cuidado de las vocaciones sacerdotales y religiosas,-cómo le dolían las defeciones-, la atención a los salesianos, de modo especial a los coadjutores y el apoyo y colaboración con toda la Familia Salesiana. El interés constante por la formación y el cuidado pastoral de los muchachos y jóvenes de nuestras obras fue también otra de sus preocupaciones más persistentes para hacer bello y visible el monumento vivo a Don Bosco.

En la circular del 1 de enero de 1975 instaba a mirar a Don Bosco. Entre otras muchas cosas, decía:

"La santidad de todo salesiano consiste en imitara a su fundador. Don Bosco fue el prototipo, el modelo dado por el Señor a todo salesiano. Aquí está nuestro camino de renovación: en copiar fielmente el espíritu del fundador ..." Y más adelante, añade: " Igualmente insisto en que se hable de Don Bosco y de nuestras actividades salesianas a los niños y jóvenes... Estos, oyendo nuestras cosas, se sentirán en familia; Don Bosco será también para ellos el Padre y el Maestro. Mañana seguirán unidos a nuestras enseñanzas y, sin duda, algunos vendrán a engrosar nuestras filas y a ocupar nuestros puestos en la Congregación."

Él quería que Don Bosco estuviera en todos los salesianos para que lo dieran a los jóvenes hecho vida, entusiasmo, alegría, gracia de

Dios... La frase “tocar con la mano a Don Bosco”, señala con todo grafismo cuál era la verdadera pasión de D. José Antonio y hasta dónde llegaba su amor por el Fundador.

b.- Amor a María Auxiliadora

Complemento o preámbulo, -no es fácil saber cuál fue antes-, de la devoción a Don Bosco, está su devoción y amor a María Auxiliadora. Son dos raíles que se necesitan mutuamente.

Quienes han participado en sus retiros, ejercicios espirituales, triduos, novenas... pueden testimoniar con qué amor, con qué saber, con qué fuerza hablaba de María Auxiliadora. Se trata de una devoción que no es sólo sentimiento, aunque en nosotros exista una relación familiar-congregacional tan estrecha en la que necesariamente aflora el sentimiento. D. José Antonio, como teólogo, entronca su devoción mariana dentro de una doctrina eclesial, conciliar y bíblica. Y como salesiano, ha descubierto en la Inmaculada-Auxiliadora aquella que señaló a Don Bosco su misión y le sostuvo maternalmente en todos sus proyectos. Está fundada en el puesto que María ocupa en la historia de la salvación. Pero no es sólo cerebral y doctrinal, es también de corazón, está hecha de multitud de detalles concretos. Porque es el corazón el que ama, aunque la cabeza puede ordenar un poco los sentimientos.

Si de lo que abunda el corazón habla la boca, oyendo hablar a D. José Antonio de María Auxiliadora o escribiendo de Ella, era fácil adivinar qué había en lo íntimo de su ser: Amor, y un amor incondicional y transparente. Así lo descubrió aquel anciano amante y propagador de la devoción a María Auxiliadora, D. Pedro Olivazo, que oyendo predicar, al entonces joven sacerdote D. José Antonio Rico, con el ardor y convicción que lo hacía, exclamó, entre satisfecho y vencido: *“Hay un salesiano que ama más que yo a María Auxiliadora”*. Él, D. Pedro, a quien el nombre de la Auxiliadora no se le caía de los labios y que dejó una estela imborrable de su devoción por donde fue.

Desde la cátedra, desde el púlpito, desde la mesa de conferencias y retiros, desde el confesonario, desde sus escritos,... Don José

Antonio hablará con emoción de María Auxiliadora. En el libro “Nueve Meditaciones sobre María Auxiliadora” recoge la doctrina conciliar y salesiana. En su circular del 24 de abril 1974 (el 24 y las fiestas marianas son sus fechas preferidas) aplica la devoción de María Auxiliadora a su inquietud de fondo como Inspector, la renovación: “*La finalidad de esta circular no consiste sólo en recomendaros la devoción a María Auxiliadora por acercarse el mes de mayo, sino sobre todo en intentar convenceros de que, sin la renovación de nuestra devoción a María Auxiliadora, no alcanzaremos la renovación de nuestra Congregación...*”. Y, además de propagar la devoción a María Auxiliadora con todos los medios ordinarios de la tradición salesiana, señalaba: “*Renovemos nuestra devoción a María Auxiliadora: que no sea puro tópico, sino realidad vivida profundamente por cada uno de nosotros, imitando a Don Bosco en su amor por Ella. Amémosla. Invoquémosla. Imitémosla (su vida de fe, de esperanza y de caridad, su interés por la salvación de las almas; su pureza, su humildad)*”.

D. José Antonio encandilaba con su palabra y bien decir cuando hablaba de la Virgen. Porque además de la facilidad y soltura de palabra, lo hacía desde la convicción y el amor. Escribe un párroco que para la novena de María Auxiliadora acostumbraba a llevar lo mejor que encontraba como predicador: “*Por aquí han pasado muchos, como él ninguno.*” Así de sencillo y de exacto. Como él ninguno. Esa impresión producía cuando se le escuchaba hablar de María Auxiliadora. Y algo semejante ocurría cuando hablaba de Don Bosco o de la Congregación. Era, por decirlo de algún modo, la “impronta Rico”, el sello de la casa.

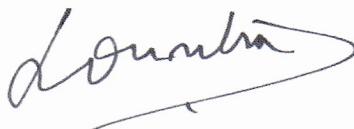
G.- TRAS EL ÚLTIMO ADIÓS

Quede, como final de todo lo aquí expuesto de la vida del querido y admirado D. José Antonio, la síntesis que sus hermanos de la Casa Don Bosco entregaron a los asistentes al funeral, escrita en una estampa recuerdo. En ella daban gracias a Dios por la vida de D. José Antonio, certeramente condensada en estos puntos:

- Su fe profunda, su amor a Cristo y a la Iglesia.
- Su gran espíritu salesiano, su amor a Don Bosco, a las Constituciones.
- Su testimonio generoso de vida consagrada.
- Su entregada vivencia sacerdotal, su celo ardiente por las almas.
- Sus grandes dotes humanas de inteligencia, de trabajo y de fortaleza.
- Sus largos años de animación y gobierno.
- Su devoción entrañable a María Auxiliadora.

Quedémonos con esto. Que su ejemplo de salesiano y sacerdote nos estimule y nos mejore. Quiera el Señor llenar su enorme vacío con nuevas y generosas vocaciones para la Congregación y la Inspectoría.

Pedimos que D. José Antonio pueda participar del Paraíso prometido por Don Bosco a quienes colaboraran con él en el carisma salesiano. Y que María Auxiliadora le colme de su amor materno, como fiel hijo de Don Bosco.



Luis Onrubia Miguel
Inspector SMA

DATOS PARA EL NECROLOGIO:

- Sacerdote: José Antonio RICO RICO
- Nacido: Candelario (Salamanca), 7 de febrero, 1924
- Primera profesión: 16 agosto, 1941.
- Ordenación Sacerdotal: 2 julio, 1950
- Muerte: 16 diciembre, 2008, en Madrid.
- Fue Inspector durante seis años y durante doce años miembro del Consejo General de la Congregación, como Regional de la Región Ibérica.



salesianosMADRID

Inspectoría San Juan Bosco